

el cual no tardó mucho, que habiendo muerto cinco hombres, y atropellado mas de cincuenta, llegó, y así como vió el caballo, arremetió para herirle. Gazul le aguardó, y al tiempo que el toro quiso dar su golpe, le clavó un rejonazo tan cruel por medio de los hombros, que contra su gusto cayó en tierra, y no hirió al caballo. Sentía tanto dolor el lastimado toro, que puestos los piés y manos acia arriba, se revolcaba en su sangre, dando unos bramidos espantables. Admirado quedó el rey y toda la corte de ver la venturosa suerte de Gazul, y qué brevemente había quitado la fuerza y brio á un animal tan feroz. Con mucho contento estaba Gazul, lidiando los toros que se corrían, aguardándolos hasta llegar muy cerca, y después los lastimaba con el rejon de tal suerte que no volvían mas á él; y porque aquel día lo hizo tan bien el invencible Gazul, se dijo este romance:

Estando toda la corte  
De Abdali, rey de Granada,  
Haciendo una rica fiesta,  
Habiendo hecho la zambra,  
Por respeto de unas bodas  
De gran nombradía y fama,  
Por las cuales corren toros  
En la plaza Vivarambla;  
Estando corriendo un toro,  
Que su braveza espantaba,  
Se presentó un caballero  
Sobre un caballo en la plaza,  
Con una marlota verde,  
De damasco bandeada,  
Y el capellán de lo mismo.  
Muestra color de esperanza.  
Plumas verdes y el bandete  
Parece de una esmeralda:  
Seis criados van con él,  
Que le sirven y acompañan.  
Vestidos también de verde  
Porque su señor lo manda,  
Como aquel que en sus amores  
Esperanza lleva larga.  
Un rejon fuerte y agudo  
Cada criado llevaba;  
De color negro eran todos,  
Y bandeados de plata.  
Conocen al caballero  
Por su presencia bizarra,  
Que era el muy fuerte Gazul,  
Caballero de gran fama,  
El cual con gentil donaire

Se puso en medio la plaza  
Con un rejon en la mano,  
Que al gran Marte semejava,  
Y con ánimo invencible  
Al fuerte toro aguardaba.  
El toro cuando le vió  
Al cielo tierra arrojaba  
Con las manos y los piés,  
Cosa que gran temor daba;  
Y después con gran furor  
Acia el caballo arremetía.  
Por herirle con sus cuernos,  
Que como nubes llevaba;  
Mas el valiente Gazul  
Su caballo bien guardaba,  
Porque con el rejon duro  
Con presteza no pensaba  
Al bravo toro herirle  
Por entre espalda y espalda;  
El toro muy mal herido  
Con sangre la tierra baña,  
Quedando en ella tendido,  
Su braveza anquilada.  
La corte toda se admira  
En ver aquella hazaña;  
Y dicen que el caballero  
Es de fuerza aventajada;  
El cual corridos los toros,  
El caso desembaraza.  
Haciendo mesura al rey,  
Y á Lindaraja su dama,  
Lo mismo hizo á la reina,  
Y á las damas que allí estaban.

Volviendo al propósito, el fuerte Gazul corrió los demás toros que quedaban, en compañía de otros caballeros que los corrían; y no quedando ya ningún toro, hecho el acatamiento debido al rey y á la reina, y á las damas, y en particular á Lindaraja, se salió de la plaza, quedando todos muy contentos en haber visto su hazaña. Luego se tornó á montar para que entrase el juego de cañas. Los caballeros del juego se fueron á aderezar, y no tardó mucho que al son de militares trompetas entró el valeroso Muza con su cuadrilla, con tanta bizarria, gala y gentileza, que no había mas que ver. Toda la librea era blanca y azul con girones y bandas pajizas, plumas encarnadas y blancas, con mucha argentería de oro; por divisa en las adargas un salvaje, que con un baston deshacía un mundo. Esta divisa era de los bravos Abencerrajes muy usada, con una letra á los piés del salvaje, que decía así:

Abencerrajes levanten  
Hoy sus plumas hasta el cielo,  
Pues las famas en el suelo  
Con la fortuna combaten.

Esta forma entró el granadino Muza muy gallardo y bizarro con toda su cuadrilla, que eran treinta Abencerrajes, todos caballeros de mucho valor. En entrando, hicieron todos un concertado caracol, escaramuceando unos con otros, y al cabo se pusieron cada uno en su puesto. Luego el bando de los Zegries entró muy gallardo, y no menos vistoso que los Abencerrajes: su librea era verde y morada, cuarteada de color de hojalde muy vistosa. Venían en yeguas bayas muy ligeras: los pendones de las lanzas eran verdes y morados; y si los Abencerrajes hicieron buena entrada y caracol vistoso, no la hicieron menos los bravos Zegries. Traían por divisa en las adargas unos alfanjes sangrientos con una letra que decía así:

Alá no quiere que al cielo  
Hoy suba ninguna pluma,  
Sino que se hunda y sume  
Con el acero en el suelo.

Habiendo hecho su caracol muy gallardamente, tomaron su puesto, y al punto los dos bandos se apercebieron de cañas para el juego. El rey, que ya tenía vistas las letras y divisas de los caballeros, entendió por ellas el rencor que tenían; y porque no resultase algún escándalo en tiempo de tantos regocijos y fiestas, luego se quitó de los miradores, y acompañado de todos los grandes de su corte bajó á la plaza antes que se comenzasen las cañas, que no fué poco importante su asistencia. Puesto á un lado mandó que jugasen, y al son de los añales y chirrimillas se comenzaron á jugar las cañas, hechas cuatro cuadrillas. Las cañas se jugaron sin haber desconcierto alguno, aunque lo hubiera muy grande si el rey no descendiera á la plaza, porque los Zegries venían de mano armada contra los Abencerrajes, los cuales, escarmentados de la pasada, estaban apercebidos para lo que se ofreciera; pero con la presencia del rey, que estaba con ellos, no ejecutaron su intento los Zegries. Habiendo visto los moros de los bandos contrarios al rey, estuvieron con mucha concordia, y se acabaron las fiestas de aquel día sin pesadumbre y con mucho gusto, que no fué pequeño misterio. Y por estas fiestas de toros y juego de cañas se hizo el siguiente romance:

Con mas de treinta en cuadrilla,  
Hijos-dalgo Abencerrajes  
Sale el valeroso Muza  
A Vivarambla una tarde:  
Por mandado de su rey  
A jugar cañas se sale,  
De blanco, azul y pajizo,  
Con encarnados plumajes;  
Y para que se conozcan,  
En cada adarga un salvaje,  
Acostumbrada divisa  
De moros Abencerrajes.  
Con un letrero que dice:  
Abencerrajes levanten  
Hoy sus plumas hasta el cielo,  
Pues dellas visten las aves.  
Y en otra cuadrilla vienen  
Atravesando una calle  
Los valerosos Zegries,  
Con libreas muy galanas:

Todos de morado y verde  
Marlotas y capellares,  
En mil jaqueles gualdados  
De plata los acicates.  
Sobre yeguas bayas todos,  
Hermosas, ricas, pujantes;  
Por divisa en las adargas  
Unos sangrientos alfanjes,  
Con una letra que dice:  
No quiere Alá se levanten,  
Sino que caigan en tierra  
Con el acero pujante.  
Apercebense de cañas,  
El juego va muy pujante.  
Mas por industria del rey  
No se revuelven, ni salen;  
Porque los Zegries tienen  
Contra los Abencerrajes  
Un concierto de traidores,  
Y no pudieren lograrle.

Acabado el juego de las cañas, el rey y los demás caballeros principales de la corte, y la reina y las damas con sus novios se retiraron al Alhambra, donde el rey los regaló grandemente en la cena, porque estaba muy contento de que no había sucedido ninguna desgracia. Hubo sarao real, y los desposados danzaron con las desposadas, y el rey con la reina, Muza con Celima, con mucho contento de ambos; Gazul danzó con Lindaraja. Tanto danzaron y bailaron aquella noche, que era ya casi de día cuando se fueron á dormir los desposados. La hermosa Galiana, gozosa de verse en aquel punto con su Sarracino, á quien con tan excesivo amor amaba, después de haberle dicho muchas amorosas razones, le dijo: «dime, querido señor mio, ¿que fué la causa que el día de San Juan, habiendo corrido con Abenamar las tres lanzas en el juego de la sortija, luego saliste de la plaza, y no pareciste mas en aquellos cuatro ó seis días? ¿Fué porque perdiste la joya, ó por qué? Que te prometo que lo deseo saber. — Querida esposa y señora mia, la causa fué porque perdí tu retrato bello y la rica manga labrada de tu mano, y por la vergüenza que me ocupaba de parecer en tu presencia, y por saber que Abenamar ordenó aquel juego por vengarse de los dos: de tí, porque le desdenaste; y de mí, porque una noche le herí debajo de tu balcon estándote dando una música, que bien creo que tendrás noticia dello; y viendo que fortuna le favoreció tan á medida de su deseo, y que á mí me había sido contraria, me dió tan gran tristeza y desesperación, que enfermé de melancolia y maldecí mi poca ventura; renegué del falso Mahoma, y prometí y juré á fe de caballero, de ser cristiano, y lo tengo de cumplir, aunque sobre ello muera, porque tengo por mejor la fe de los cristianos, que no la burlaría de la secta de Mahoma; y si tú me quieres bien, como dices, has de ser cristiana, que yo sé que el rey don Fernando nos hará grandes mercedes por ello. Con esto cesó, aguardando la respuesta

que le daría Galiana, la cual luego le respondió: «señor y esposo, no puedo yo huir en ninguna manera de tu voluntad, antes seguiréla en todo y por todo; tú eres mi señor y marido, á quien yo di y entregué mi corazón; y así digo, que no iré contra tu gusto en cosa ni en parte; y mas, que yo sé que la fe de los cristianos es mucho mejor que el Alcorán, y así prometo de ser cristiana. — Acrecentádome habeis las mercedes de todo punto, dijo Sarracino, y no esperaba menos de tan leal y firme pecho.» Y diciendo esto, la abrazó entre mil ternezas, y así pasaron toda aquella noche.

Venida la mañana, los grandes de la corte se juntaron y ordenaron que Abenamar, pues era tan buen caballero, se casase con Fátima, ya que en su servicio había hecho tan grandes cosas. Los Zegries no quisieron que aquel casamiento se hiciese, por cuanto Abenamar tenía amistad con los Abencerrajes; y las cuales contradicciones no aprovecharon, porque el rey gustó de que se casaran, y todos los caballeros fueron en que se efectuase. Hecho el casamiento, las fiestas se aumentaron, haciendo cada día zambra y muchas danzas y juegos; de modo que no había otra cosa en la corte sino galas, invenciones, máscaras y regocijos; y los dejaremos en ellas por contar lo que le sucedió á Reduán en la Vega, yendo desesperado por verse aborrecido de Lindaraja, que amaba á Gazul.

Pues es de saber que como salió de la ciudad se fué por el río Jenit abajo, y llegó al Soto de Roma, que es un soto muy agradable, de mucha espesura de árboles; y hoy día quien no tiene muy andadas las veredas se pierde en él; hay dentro infinidad de caza volátil y terrestre, y estará de Granada el principio del soto legua y media, teniendo de ancho y largo más de cuatro leguas. Allí vió una escaramuza muy renida entre cuatro moros y cuatro cristianos, por causa de que les querían quitar una mora muy hermosa, y la defendían, aunque con pérdida y trabajo, por ser los cristianos de mucho valor. La mora miraba su escaramuza derramando abundancia de lágrimas. Reduán espoleó su caballo para favorecer á los moros; pero, por priesa que se le dió, ya habían muerto á los dos, y los otros andaban á mal traer; y temerosos de la muerte desampararon á la dama, y volvieron las espaldas á todo correr de sus yeguas. A esta sazón llegó Reduán, y mirando á la hermosa mora la vió vertiendo perlas por los ojos, y que acrecentaba mas su triste llanto viendo muertos dos de sus guardadores, y que los otros dos se habían ido huyendo. Movido de compasión el valiente Reduán, por librarla del poder de los cristianos, y sin hablarles palabra, los acometió, y del primer encuentro hirió al uno muy mal en un descubierto de la adarga, de modo que vino á tierra; y revolviendo su caballo con gran lijereza y velocidad, se apartó de los tres cristianos escaramuceando un gran trecho, y luego tomando como un pensamiento sobre ellos, de un encuentro derribó á otro caballero del caballo, mal herido. Los dos cristianos que quedaban embistieron á Reduán, y el uno dellos le dió una gran lanzada, de suerte que quedó herido de una mala herida; el otro caballero, aunque le entró, no le hirió y rompió su lanza. Reduán viéndose herido, se apartó dellos, y con muy bravo ánimo les volvió á embestir, de suerte que derribó del caballo al que estaba sin lanza. El cristiano que estaba solo hirió á Reduán segunda vez, y él encolerizado acometió al cristiano para herirle, mas no se atrevió á esperarle por verse solo, pues los compañeros estaban en el suelo mal heridos, y los caballos andaban sueltos por el campo. Los dos moros que habían ido huyendo se detuvieron por ver el fin de la batalla; y visto cuán en breve había desbaratado aquel moro á los cuatro cristianos, volvieron espantados adonde habían dejado á la mora, la cual estaba admirada del valor del moro.

Reduán estaba hablando con ella maravillado de su hermosura, que le parecía ser mayor que la de Lindaraja

y la de todas las damas de Granada; y así era verdad, que era la mas hermosa de todo el reino. Estaba Reduán tan rendido á la mora, que no se acordaba de Lindaraja, y solo se ocupaba en mirarla, y la preguntó quién era. En esto llegaron los dos moros, y dándole las gracias del socorro, le dijeron así: «señor caballero, Mahoma os trajo aquí á tal tiempo, que si vos no vinierais, nosotros del todo fuéramos perdidos y muertos á manos de aquellos caballeros cristianos; y lo que mas nos pesara es perder esta dama que traemos á nuestro cargo; y porque parece que estais herido, según demuestra esa sangre, vamos la vuelta de Granada, y en el camino diremos lo que habeis preguntado; y mirad si destos caballeros cristianos se ha de hacer alguna cosa. — No, dijo Reduán, básteles estar heridos; cogedles los caballos, dádselos, y váyanse.» Desto se maravillaron los moros, y cogieron los caballos y se los dieron á los cristianos, y ellos tomaron la vía de Granada. Yendo Reduán junto á la hermosa mora, la cual no menos pagada iba de Reduán que él iba della, el uno de los dos moros comenzó á hablar desta manera: «habeis de saber, señor caballero, que éramos cuatro hermanos y una hermana, que es la que presente veis: de los cuatro, por nuestra desdicha, ya habeis visto cómo quedan allí los dos muertos á manos de los cristianos, y aun habemos sido para tan poco los dos que quedamos, que aun no les dimos sepultura; pero querrá el santo Alá que hallemos algunos villanos que pagadoselo quieran darsela. Nuestro padre es alcaide de la fuerza de Rouda; y como supimos que en Granada se hacían tan grandes fiestas, pedimos á nuestro padre, Zaide Hamete, licencia para venir á verlas. Pluguiera al santo Alá que no hubiéramos venido, que nos ha costado dos hermanos, y afrentosamente huimos y dejamos en tan notable peligro á nuestra hermana Haja, si vos, señor, no lo remediádes. Esta es, señor caballero, nuestra lastimosa y verdadera historia; y pues ya, señor, habeis sabido nuestro viaje, y también quién somos, recibiremos merced, si sois servido, que nos digais de dónde sois y cómo os llamais, para que sepamos á quién somos tan obligados.» Reduán les respondió: «holgado me he, caballeros, de saber quién sois; bien conozco á vuestro padre, y conocí á vuestro abuelo Almadán á quien mató don Pedro Sotomayor. Pésame de no haber venido antes, que yo sé que no hubieran muerto vuestros hermanos, y huelgome mucho de haberos servido en algo, y lo haré cada y cuando que se ofrezca; y por si os quereis servir de mí, y daros gusto, os diré quién soy: llámanme Reduán, y soy de Granada; vamos allá á mi casa, y será vuestra, donde os haré ragalar y servir conforme mereceis. — Gran merced, señor Reduán, respondieron ellos, por el ofrecimiento que nos haceis; deudos tenemos en Granada donde podemos ir á posar, cuanto mas que por la desgracia sucedida nos detendremos muy poco en la ciudad, especialmente siendo ya pasadas las fiestas.»

En esto iban hablando los dos hermanos de Haja y Reduán, cuando vieron venir dos leñadores que con sus bagajes iban por leña al dicho soto, y en llegando á ellos dijeron los dos hermanos á Reduán: «á buen tiempo han venido estos villanos, que podría ser quisiesen dar sepultura á nuestros hermanos, pagadoselo. — Yo se lo rogaré, dijo Reduán, y habló á los villanos, diciendo: hermanos, por amor del santo Alá, que deis sepultura á dos caballeros que están allí bajo muertos, que os será bien pagado.» Los villanos dijeron, que de buena gana lo harían sin interés alguno. Los hermanos suplicaron á Reduán esperase allí en compañía de su hermana, en tanto que iban á ayudar á enterrar los muertos, que seguros iban, quedando ella con él, y á traer los caballos, siquiera porque no se aprovecharan dellos los cristianos. «Mucho me holgara de acompañaros, dijo Reduán; pero pues es vuestro gusto que yo quede con vuestra hermana, soy contento.» Los moros se lo agradecieron mucho, y se



fueron con los villanos para dar sepultura á sus hermanos, y cobrar los caballos perdidos. El valiente Reduán, ardiendo en llamas de amor por la hermosa Haja, y viendo la oportuna ocasion por estar solos, la dijo desta suerte: «ó fué ventura ó desdicha mia haberos hallado en esta parte; en un punto vi muerte, vida, cielo, suelo, tempestad, bonanza, paz y guerra; y lo que mas siento es, no saber el fin de una tan estraña aventura, como es la que la fortuna me ha ofrecido; de suerte estoy suspenso, Haja hermosa y bella, que no estoy en mí sino en tí. No sé dónde vaya sino á tí; temo declarar mi mal, muero si no lo declaro; ardo en vivas llamas; estoy mas helado que los Alpes de Alemania. No sé si hable ó calle, ó bellísima señora; por mejor medio elijo declararte lo que mi alma siente, para que des vida á quien le va faltando, pues tú eres la verdadera medicina, y salutifera á mi enfermedad. Sabrás, vida desta mia, que en la dichosa hora que vi tus soles llorosos por la escaramuza de que tú eras la causa, luego comencé á pelear con cinco contrarios, cuatro los cristianos, y otro tú; vencilos, y te libré; y tú me venciste y cautivaste; ¿con qué armas peleaste, que tan presto me venciste? Pero ¿para qué lo pregunto, pues eres semejanza y cifra de la hermosura, dotada en discrecion, bravo donaire, brio y gentileza? Estas son las armas con que peleaste conmigo. No hallaste en mi resistencia, porque de mis potencias estabas apoderada; tu siervo soy, y tú mi señora y mi bien. Adórote, no me aborrezcas; estimote, no me menosprecies, no seas ingrata á mi pecho tiel, amoroso y verdadero; corresponde á mi casto amor, pues te admito por mi esposa, y dame respuesta piadosa.» Y diciendo esto enmudeció.

Haja le respondió, diciendo: «noble, brioso y esforzado caballero: aunque sin esperiencia de causas de amor, por ser doncella de catorce años, recogida y noble, que presto sabrás quién soy, luego conocí ser tu accidente de amorosas llamas, y á lo que me has dicho, digo que sea así por no contradecirte; pero bien sé que los hombres, por conseguir su lascivo deseo, dicen mil lisonjas vanas, y otras cosas ó euitas en daño de las tristes mujeres, que de ligero se creen. Quiero resolverme y responder, porque veo venir á mis hermanos, que si tú me amas, soy tu rendida; si con facilidad me quisiste, con fuerza te adoro; si te parezco bien, me parece que no hay otro en la tierra como tú. Y si como dices, me quieres por esposa, pide á mis hermanos que alcancen el sí de mi padre, que el mío en tu boca está; y te prometo que será tan imposible faltar esta ferviente fe que tengo, como pedir á la nieve que caliente, al sol que resfrie y que no alumbre, y como ver en el suelo el firmamento estrellado. Tanto es lo que te quiero, moro, que en mi alma moras; y porque llegan mis hermanos, mudemos plática, no apartándome de tu pensamiento, como yo no te aparto del mío; y cuando caminemos, como que no me has dicho nada, puedes tratar con mis hermanos el casamiento; y de no querer mi padre ni mis hermanos que me case contigo, que no me persuado á que den tan mal pago á una obligacion tan grande como te tenemos, y mas siendo tan principal caballero, que nosotros ganamos en que tú me quieras por esposa, yo quiero, si tú me quieres; tuya soy, pues me libraste de poder de los cristianos, que es cierto que habia de ser su cautiva. Pues tanto mas me ha valido el trueque, dichosa suerte ha sido la mia, aunque he perdido dos hermanos, en haber venido por aquí, resultándome tanto bien de querer ser tú mi esposo; y en señal de que seré tuya, para que estés confiado en mi palabra, toma esta sortija del dedo del corazón, y ponla en el tuyo, pues el mío tienes en él. Y diciendo esto sacó una sortija de oro, con una esmeralda trasparente y fina, y se la dió á Reduán, el cual la tomó con mucha alegría, y besándola mil veces la puso en su dedo, quedando el mas contento y favorecido amante del mundo. Quisiera el enamorado

mozo dar respuesta á su querida mora; pero no hubo lugar, porque llegaron sus dos hermanos, bañados los rostros en lágrimas por el dolor de sus dos caros hermanos, á quien venían de enterrar, y traían sus caballos del diestro. La hermosísima Haja no pudo dejar de llorar los ya difuntos hermanos. Reduán los consolaba lo que podia, diciéndoles palabras muy eficaces para ello; y con estas y otras pláticas entraron en Granada.

Era ya de noche, y dijeron los hermanos á Reduán, que les diese licencia para ir á posar en casa de un deudo suyo, que era de los Almadenes, y vivia en la calle de Elvira. Reduán les dijo que hiciesen su gusto, y los acompañó hasta la posada, y despidiéndose dellos se volvió á su casa. Mas al tiempo de despedirse no apartaba la vista de sus ojos el uno del otro amante, de tal manera que apartándose se consideraba sin alma Reduán, por quedarse con su señora; y Haja asimismo, por llevársela Reduán. Los caballeros y la dama fueron bien recibidos de su tío, quien recibió mucha pena por la muerte de sus dos sobrinos. A otro día por la mañana se vistió Reduán, y fué al real palacio por besar las manos al rey, el cual en aquella hora se acababa de levantar y vestir para ir á la mezquita mayor, á ver el zalá que se hacia por un moro de su secta llamado Gidemahajo; y viendo á Reduán vestido de marlota y capellar verde y plumas verdes, alegróse grandemente con su vista, porque habia muchos días que no le habia visto; y le preguntó dónde habia estado, y cómo le habia ido en la escaramuza con Gazul. Reduán le satisfizo, diciendo que Gazul era buen caballero, y que Muza los habia hecho amigos. Con esto el rey y los demás caballeros que le salian á acompañar, que por la mayor parte eran Zegries y Gomeles, se fueron á la mezquita, y con muy grande aplauso se hizo el zalá y alcoranas ceremonias, y se volvieron al Alhambra; y en entrando en su palacio real hallaron á la reina y sus damas en la sala, porque era costumbre del rey Chico; y así lo tenia mandado, que en cualquier tiempo que saliese, á la vuelta habia de estar la reina y sus damas en la sala por solo su gusto, y porque se holgaba de verlas; y mas á Celima, que la amaba en supremo grado, por lo cual él y el capitán Muza tuvieron muchas diferencias, como adelante se dirá.

Entraron en palacio con todos los caballeros de su corte, y todas las damas pusieron la vista en la bizzarria de Reduán, espantadas de la mudanza de librea. Lindaraja le miraba de propósito, y admirada de que no la miraba, dijo entre sí: «disimula Reduán su pasión: bien hace, que no ofenderé á mi Gazul.» La reina dijo á Lindaraja: «todavía tiene esperanza Reduán de gozarte.» Respondió Lindaraja: «bien puede desistir de ese pensamiento, porque estoy muy fuera dél.» Dijo la reina: «pues en verdad que tiene buen talle, y es galán y discretó Reduán, y que cualquiera dama se puede tener por dichosa en ser suya.» Así es, señora, Reduán merece mucho, y de no haber puesto mi afición en Gazul, es sin duda que ninguno sino él fuera señor de mí.» Con esto callaron, porque no advirtiesen las otras damas en lo que hablaban. A esta sazón le dijo el rey á Reduán: «bien te acordaras que me diste palabra de ganar á Jaen en una noche; si lo cumples como me lo prometiste, te daré doblado el sueldo de capitán; y si no lo cumplieres, me has de servir en una frontera, privado de la vista de tu dama. Por tanto apereíbete á la empresa, que yo iré en persona á la conquista, que estoy muy sentido destos cristianos de Jaen, porque cada día nos corren la tierra, y talan la Vega; y pues ellos me vienen á buscar tantas veces, será bien que vaya yo á buscarles una, y que desta se concluya con todos.» Reduán le respondió con rostro alegre, diciendo: «si algun tiempo di palabra de darte á Jaen ganada en una noche, de nuevo lo confirmo, con que me des mil soldados de los que yo señalaré, que yo te cumpliré lo dicho.» El rey dijo: «no digo

mil soldados, sino cinco mil te daré, y aunque yo vaya, tú has de ser capitán de todos. — Estimo mucho la honra que me haces, dijo Reduán, y yo me holgaria de acertar á servirte como deseo. Tu Majestad señale la gente y día que hemos de partir, que desde luego estoy dispuesto y obediente á tu gusto. — No espero menos de tí, y no perderás el servicio que me hicieres; los caballeros que irán contigo serán Abencerrájes, Zegries, Gomeles, Mazas, Venegas, Maliques y Alabeces, que bien sabes el valor de todos, y sin estos irán los demás caballeros é hidalgos, pues yo voy á la jornada.»

Diciendo esto entró un portero, y dijo al rey que pedian licencia una dama y dos moros forasteros para besarle las manos. El rey dijo que entrasen. Luego entraron por la sala dos caballeros de buena gracia, marlotas y capellares, borceguiles y zapatos negros; en medio de ambos venia una dama vestida de negro, tapado el rostro con un cabo del almaizar que no descubria mas que dos luceros, y bien se echaba de ver por la hermosura dellos que debia de ser perfecto en todo. Maravillado el rey de sus fustos trajes, les dijo: «¿qué es lo que quereis?» Haciendo gran reverencia al rey y á la reina, y á las damas que allí estaban, propuso el moro lo siguiente: «nuestro principal intento ha sido venir á besar tus reales manos y las de mi señora la reina, y á que conozcas estos tus siervos. Nosotros tres somos nietos de Almadán, alcaldé que fué de Ronda, y ahora lo es nuestro padre; y como tuvimos noticias de las fiestas que en esta ciudad se hacian, por celebrar los casamientos que tu Majestad ha hecho en ella, acordamos de venir á verlas. La fortuna no quiso que las gozásemos, y fué la causa que el día de las fiestas, en un lugar de grandes espesuras, que se dice el Soto de Roma, de improviso nos asaltaron cuatro caballeros cristianos muy valerosos, y tanto, que aunque nosotros nos defendimos por anparar esta doncella, que es hermana nuestra, pudieron tanto, que de cuatro hermanos que éramos, nos mataron los dos, y nosotros con temor de la muerte huimos; y si no fuera por el valor deste caballero que está junto á vuestra Majestad, todos nos perdiéramos; y diciendo esto, señaló con el dedo al fuerte Reduán, que venció con su valentia él solo á tres cristianos, y el otro huyó. «Venimos á darle las gracias al vencedor caballero que estaba consolando á nuestra afligida hermana, y dió licencia á los vencidos cristianos para que fuesen libres, sin quitarles ningun despojo: benignidad de noble caballero nunca vista, que con quedar herido no quiso vengarse. Os certifico, señor, que si todos los caballeros de vuestra corte son como Reduán, podéis conquistar el mundo, porque vimos que de tres botes de lanza derribó tres cristianos mal heridos, y el otro huyó. Acordamos de venir á besar las manos de vuestra Majestad, y á pedir licencia para ir á contar á nuestros padres esta desdicha.» Con esto no dijo mas el moro, mostrando mucha tristeza, y la misma mostró el otro hermano y la doncella.

Mucha admiracion causó al rey la tragedia, y la ventura de ir Reduán por aquel sitio para remediar la dama; y volviéndose á Reduán, le dijo: «grande era el amor que te tenia, y con esta hazaña le has acrisolado mas, y desde hoy te encargo la alcaldia del castillo de Tijola, que está junto á Pulchena.» Todos los caballeros tuvieron á heróico hecho el que hizo Reduán, y le alababan mucho; lo cual lastimaba á Lindaraja, que estaba casi arrepentida por haber despreciado á Reduán. El rey les dijo á los dos hermanos: «pues es vuestra voluntad de irnos, id en buen hora, que licencia teneis; pero antes que os vais querria ver el rostro desa dama por mi gusto y de la reina; décidle se quite el rebazo, porque no será bien que dejemos de gozar de su vista, que yo bien entiendo que es peregrina á lo que se infiere por los hermosos ojos que tiene.» Los hermanos la dijeron que se descubriese; ella lo hizo

asi, y quitándose un prendero del almaizar, descubrió su rostro que no menos que el de Diana era. Así pareció á todos los de la sala real, como el sol que por la mañana sale esparciendo sus ardientes rayos: esto mismo hacia la hermosa Haja, pues los de su hermosura reverberaban en quien la miraba, y quedaban todos deslumbrados, mandando con su vista á los caballeros de amor, y á las damas de envidia.

A todos admiró la hermosura de la bizzarra Haja, y deseaban su amistad por gozar de su hermosura. La reina que asimismo estaba espantada de la beldad de Haja, le dijo al rey: «sirvase vuestra Alteza de que goce yo desta dama. — Vaya en buen hora, dijo el rey, que bien sé que ha de haber mas de cuatro damas envidiosas de las que hoy os sirven.» Llamaron á Haja, y haciendo mesura al rey y á los caballeros, pasó á besar la mano á la reina, y de rodillas en el suelo se la pidió. No quiso la reina dársele, antes la levantó, y la hizo sentar junto á sí. A todas las damas causó admiracion la perfeccion con que en todo dotó naturaleza á Haja; pues aunque estaban allí Daraja, Sarracina, Galiana, Fátima, Celima, Cobayda y otras muchas damas de excelente hermosura, ninguna como la de la hermosa Haja. Reduán, que no apartaba los ojos de su adorada Haja, estaba muy receloso, y con gran temor no se le trocase, y le quebrase la palabra dada. La mora miraba de cuando en cuando á su amante Reduán, y si con lanza y adarga le habia parecido bien, mucho mejor le parecia vestido con el traje de corte, y mas tan galán como estaba; y estendiendo los ojos por todos los caballeros presentes, ninguno la pareció llegar á poder competir con su querido Reduán. Mostrábasele grave, alegre y risueña, que no fué poco contento para el moro.

El rey dijo á Reduán: «mucho me holgara de ver la escaramuza que tuvisteis con Gazul, porque seria de ver, siendo ambos tan valientes. — Yo soy testigo della, dijo Muza, porque no pudiéndolos persuadir á que no peleasen, estuve mirando la cruel y sangrienta escaramuza, que entre un leon y una onza no podia ser mas violenta; y movido á compasion de que ambos no muriesen, porque no reconocí ventaja en ninguno, me puse en medio, y cesó la escaramuza quedando los dos con igual victoria. — ¿Qué les movió al desafío, dijo el rey? — Son cuentos largos, contestó Muza; no hay para qué refrescar en la memoria cosas viejas, sino decir que está en la sala la causa de su enojo. — Ya entiendo lo que puede ser, dijo el rey: bien sé yo que Reduán no volverá á hacer escaramuza con Gazul sobre lo pasado en ninguna manera. — Vuestra Majestad está en lo cierto, dijo Reduán, porque estoy ya olvidado de todo aquello; pero á la sazón perdiere mil vidas por ella, si las tuviera, lo que ahora no me pusiera á perder una. — Debe de haber algo nuevo, que no es posible menos, dijo el rey.» Diciendo esto, los dos caballeros, hermanos de Haja, se habian sentado junto á Mahandin Hamete, principal caballero y rico, del linaje de los Zegries, el cual, habiendo visto la hermosura de Haja, estaba tan amartelado, que no apartaba los ojos della; affigiale tanto la causa amorosa, que no pudiéndola resistir les dió parte á sus hermanos, diciéndoles: «señores caballeros, ¿conoceisme?—No, señor, sino para serviros, respondieron ellos, que como forasteros no conocemos particularmente á los caballeros granadinos; pero estando en compañía de tan alto rey y en su real palacio, bien inferimos que debéis de ser de estirpe clara. — Pues sabed, caballeros, que soy Zegri, descendiente de los reyes de Córdoba, y en Granada valgo yo tanto, que se hace larga mención de mí y de los de mi linaje, y querria, si lo tuvieseis por bien, emparentaseis conmigo dándome por mujer á vuestra hermana Haja, que me ha parecido tan bien, que me holgara ser vuestro cuñado y pariente; y á ley de moro hidalgo, que pudiera estar casado con una dama, que era de lo mas principal de Granada; mas no me



he querido casar hasta que he visto á vuestra hermana, de la cual estoy muy pagado.» Con esto cesó el Zegri, aguardando su bien ó su mal.

Los hermanos de Haja comunicaron entre ambos si convenia ó no aquel casamiento, y al fin, considerando el valor de los Zegries, cuya fama era tan notoria, le dieron el sí, confiados en que su padre tendría por bien lo que ambos hiciesen. El Zegri muy alegre con el sí de los hermanos, se levantó, é hincándose de rodillas habló desta suerte: «alto y poderoso rey, suplico á vuestra real Majestad, que ya que se celebran casamientos, y por ellos hay fiestas, que se haga el mio para que goce dellas, porque sabrá vuestra Majestad que, vencido de los amores de la hermosa Haja, la pedí en casamiento á sus dos hermanos, los cuales sabiendo quién soy lo han tenido por bien, y me la han prometido por mujer; por lo que suplico á vuestra Majestad sea servido de que nos desposen conforme á nuestros ritos, pues se ha ofrecido esta ocasion en tan buen tiempo.» El rey, mirando á la dama y á sus dos hermanos, admirado de tan repentino acuerdo, dijo: «que si era gusto dellos, y la dama queria, que él era contento.» Todos se admiraron del caso, y callaron hasta ver en qué paraba; pero Reduán ardiendo en enojo é ira, se levantó en pié, y dijo: «señor, á este casamiento que pide el Zegri no hay lugar, porque es mi esposa desde que la libré de los cristianos, y entre los dos nos hemos dado palabra de esposos, y hay también prendas que son confirmacion desto que digo: nadie como la dama puede decir lo que pasa; y no pretenda agravarme ninguno, porque me lo pagará.» El Zegri respondió alborotado que Haja no se podía casar sin licencia de su padre ó hermanos, y que era suya, y la defendería hasta la muerte.

Reduán, que oyó la arrogancia del Zegri, arremetió á él para herirle con muy encendida rabia. Los Zegries acudieron á favorecer á su pariente, y los de Reduán, Muza y los Abencerrajes fueron á socorrerle. El rey, viendo el escándalo que se empezaba, mandó pena de muerte á quien mas hablase en el caso, que él determinaría lo que habia de ser. Con esto se aquietaron aguardando su determinacion: y visto que ya estaban sosegados, fué al estrado de la reina, y tomó de la mano á Haja, y puesto en medio de la sala la dijo que escogiese á Reduán ó el Zegri, ó aquel que mas gusto le diese. La dama, viendo que no podia dejar de obedecer el precepto de su rey, se puso confusa á considerar la palabra que habian dado sus hermanos al Zegri, y por otra parte consideraba el mucho amor que tenia á su Reduán y él á ella, y el haberla librado del cautiverio, y los coloquios amorosos que entre los dos habian pasado, y á la fe y palabra que habia dado de ser su esposa. Considerándolo todo muy bien, se fué con el rey de la mano adonde estaban los caballeros juntos, y llegados, haciendo una reverencia al rey, le dió la mano á Reduán, diciendo: «señor, este quiero por esposo.» El Zegri quedó avergonzado de que él fuese el desechado; y no pudiendo sufrir el dolor se salió de palacio con intento de vengarse de Reduán, del cual se celebraron aquel dia las bodas, y al siguiente hubo fiestas y zambra; y estando ocupados en estas fiestas, trajeron nuevas como mucha compañía de cristianos corrían y talaban la Vega, y así fué necesario dejar las fiestas por salir á ella para pelear con los cristianos.

El valeroso Muza, como capitán general, salió luego al campo acompañado de mil de á caballo y dos mil peones, y en topando el escuadron de los cristianos trabaron muy sangrienta escaramuza, en la cual murieron muchos de ambas partes; mas siendo el poder de los moros mayor, por haber tres veces mas gente que de los cristianos, quedaron vencedores, y ganaron dos banderas cristianas, y cautivaron muchos cristianos, aunque les costó cara esta victoria, porque murieron mas de seiscientos moros. En este dia hicieron los caballeros Abencerrajes y Alabeces

grandes cosas en armas, y si no fuera por su valor no se venciera la escaramuza. Volvió Muza victorioso á Granada, con lo cual se holgó el rey. También se señaló en este dia Reduán, á quien el rey abrazó con muy grande amor, y por la victoria tornaron á hacer fiestas otros ocho dias, y por los casamientos; las cuales pasadas, determinó el rey salir á correr la tierra de los cristianos, porque lo deseaba, en particular á Jaen, que era quien mas daño le hacia; y dándole el cargo de capitán general al valiente Reduán, como está tratado y atrás habemos dicho, se partió de la ciudad de Granada.

### CAPITULO XIII.

En que se da cuenta de lo que sucedió al rey Chico y á su gente yendo á entrar en Jaen, y la gran traicion que los Zegries y Gomeles levantaron á la reina mora y á los caballeros Abencerrajes, y muerte dellos.

El último y postrero dia de las fiestas el rey comió con todos los principales caballeros de su corte, y alzando la mesas habló á todos de aquesta manera: «bien sé, leales vasallos y amigos míos, que ya os será odiosa la vida, pasada en tantas fiestas como habemos tenido, y que á veces os llama el fiero Marte, en lo que os habeis ocupado siempre. Ahora pues, que Mahoma nos ha dejado ver las fiestas que le han hecho en nuestra insigne ciudad, y los casamientos que se han efectuado en ella, será justo que volvamos á la milicia contra los cristianos, pues que ellos nos vienen á buscar hasta nuestros muros; y para esto ya sabeis, mis buenos amigos, que los dias pasados traje á la memoria á Reduán, una palabra que me dió de ganarme á Jaen en una noche, y ahora lo confirmó de nuevo. Pidióme mil soldados, pero yo quiero que sean cinco mil, y que me la cumpla; y para esto doy á mi hermano Muza cargo de juntar la gente del número que he dicho, que son dos mil hombres de á caballo y tres mil peones, y que sean todos espertos en armas, y que Reduán vaya por general, y demos vista á Jaen, de quien tan grandes daños hemos recibido y cada dia recibimos; y si ganásemos la ciudad de Jaen, no están seguras Ubeda, Baeza ni su redondez; y para esto quiero que me digais vuestro parecer.» Con esto cesó el rey, aguardando respuesta de sus varones. Reduán se levantó, y dijo que él cumpliría su palabra. Muza dijo que daría en tres dias puesta su gente en la Vega. Todos los demás caballeros que allí estaban dijeron que hasta la muerte le servirían con sus personas y hacienda. El rey agradeció mucho á todos su ofrecimiento.

Los hermanos de Haja, con licencia de su rey, se fueron á Ronda, donde fueron muy bien recibidos de sus padres, contentos con el casamiento de su hija con Reduán, y por otra parte con mucho pesar y tristeza por la muerte de sus dos hijos. En este tiempo mandó el rey á Zulema Abencerraje que fuese á ser alcaide de la fuerza de Moelin, el cual se fué luego con su esposa y querida Daraja. El padre de Galiana se volvió á la ciudad de Almería, dejando á la hermosa Celima en compañía de su hermana Galiana. Otros muchos caballeros se fueron á sus alcaldías por mandado del rey, encargándoseles la guarda y custodia dellas. Muza levantó cinco mil hombres de á pié y de á caballo, toda gente muy belicosa, y en cuatro dias los puso en la Vega; el rey mandó á Muza que se hiciese reseña de la gente dentro de la ciudad, y así se hizo. Y visto por el rey la braveza y bizarría de la gente que habia levantado Muza en tan breve tiempo, sin aguardar mas, quiso luego partirse, dando á Reduán el cargo de capitán general de su ejército, de lo cual se alegró Muza por la satisfaccion que de Reduán tenia, é hizo cuenta que él iba por capitán en el ejército; y así salieron por la puerta Elvira con mucho concierto.

La gente de á caballo iba partida en cuatro partes con mucho orden, y cada una tenia su estandarte diferente. La una parte tenia Muza, y en su compañía iban ciento cincuenta caballeros Abencerrajes, y otros tantos Alabeces

Venegas, todos caballeros de mucho esfuerzo. Su estandarte era de damasco rojo y blanco, por divisa un salvaje en campo rojo, que desquijaraba un leon, y en el campo blanco otro salvaje que con un baston deshacia un mundo, y por letra: *todo es poco*. Este bando de caballeros iba bien alistado de armas y caballos, y todos vestian marlotas de escarlata y grana. La segunda cuadrilla era de Zegries, Gomeles y Mazas: esta iba de batalla, no menos rica y pujante que la de Muza, la cual llevaba vanguardia. El estandarte de los Zegries era de damasco verde y morado, y tenia por divisa una media luna de plata con esta letra: *muy presto se verá llena, sin que el sol pueda eclipsarla*. Era esta cuadrilla de doscientos ochenta caballeros, todos gallardos y bizarros, con aljibas y marlotas de paño tuneci, la mitad verde y la otra mitad de grana. La tercera cuadrilla llevaban los Aldoradines, caballeros muy principales; con estos iban Gazules y Azarques; su estandarte leonado y amarillo. Llevaban por divisa un dragon en campo verde, que con las uñas despedazaba una corona de oro, con una letra que decia: *jamás hubo resistencia*. Esta cuadrilla iba muy gallarda, y aprestada de armas y caballos; serian todos ciento cuarenta. La cuarta cuadrilla era de Almoradis, Marines y Almohades, caballeros estimados: estos llevaban el real pendon de Granada, que era de damasco pajizo y encarnado, con muchas bordaduras de oro por un lado abiertas, y por la abertura parecían los granos rojos que eran hechos de finos rubies; del pezon de la granada salian dos ramos bordados de seda verde con sus hojas y una letra al pié, que decia: *con la corona naci*. En esta cuadrilla iba el rey Chico con mucha compañía de caballeros. Eran muy de ver las galas y riquezas, penachos, adargas, lanzas, caballos, yeguas y penoncillos de colores en las lanzas. Pues si la caballería salió tan bizarra y vistosa, no menos gallarda y briosa salió la infantería, y muy bien armada, todos con arcos y balistas. Con esta pujanza salió el rey Chico de Granada, y tomó la vía de Jaen, mirándole todas las damas de Granada, y mas la reina su madre, y su mujer la reina con todas las damas que estaban en su compañía, desde las torres de Alhambra. Por esta jornada que hizo el rey Chico á Jaen se compuso aquel antiguo romance, que dice como se sigue:

«Reduán, bien te acuerdas  
Que me diste la palabra,  
Que me darías á Jaen  
En una noche ganada.  
Reduán, si tú lo cumples,  
Haréte pagar doblada,  
Y si tu no lo cumples,  
Desterrarte he de Granada:  
Echarte he en una frontera,  
Donde no goces tu dama.  
Reduán le respondió:  
Sin demudarse la cara:  
«Si lo dije, no me acuerdo,  
Mas cumpliré mi palabra.»  
Reduán pide mil hombres,  
El rey cinco mil le daba.  
Por esa puerta de Elvira  
Sale muy gran cabalgada:  
Cuánto del hidalgo moro,  
Cuánto de la yegua haya.  
«Cuánta de la lanza en puño,  
Cuánta de la adarga blanca,

Cuánta de marlota verde,  
Cuánta aljuba de escarlata,  
Cuánta pluma y gentileza,  
Cuánto capellor de grana,  
Cuánto bayo boregual,  
Cuánto raso que se esmalta,  
Cuánto de espuela de oro,  
Cuánta estribera de plata!  
Toda es gente valerosa,  
Y esperta para batalla.  
En medio de todos ellos  
Va el rey Chico de Granada,  
Mirando las damas moras  
De las torres del Alhambra.  
La reina mora su madre  
Desta manera le habla:  
«Alá te guarde, mi hijo,  
Mahoma vaya en tu guarda,  
Y te vuelva de Jaen  
Libre, sano y con ventaja,  
Y te dé paz con tu tío,  
Señor de Guadix y Baza.»

No fué tan secreta esta salida de Granada, que en Jaen no tuviesen aviso della por las espías que tenia en aquella ciudad. Otros decian que fueron avisados por unos cautivos cristianos que se huieron de Granada. Otros dicen que la dieron los Abencerrajes ó Alabeces, y esto entiendo que es lo mas cierto, porque estos caballeros eran muy amigos de los cristianos. Sea como fuere, los de Jaen fueron avisados de la entrada de los moros en su tierra, y así ellos dieron aviso á Baeza, Ubeda, Cazoria y Quesada, y á los pueblos circunvecinos, los cuales se alistaron y apercebiéron para resistir á los enemigos de Granada. Estos llegaron á la puerta de Arenas, donde hallaron gran número de gente que defendía la entrada al enemigo; pero poco aprovechó la defensa; porque habiendo corrido los moros todo el campo de Arenas, entraron por su puerta á pesar de

los que la guardaban, y corrieron todo el campo de la Guardia y Pegalajara, hasta Jordán y Belmar.

Los caballeros de Jaen salieron á los enemigos, porque fueron avisados que en la puerta andaba el rebato. Salieron de Jaen cuatrocientos hijos-dalgo bien armados; de Ubeda y Baeza otros tantos, y hechos todos un cuerpo de batalla, fueron en busca del enemigo que les corria la tierra, llevando por caudillo y capitán al obispo don Gonzalo, varon de gran valor. Juntáronse los dos campos de la otra parte del Río Frio, y aquí se acometieron, haciendo una brava escaramuza; mas era el valor de los cristianos tal y tan bueno, que les convino á los moros retirarse hasta la puerta de Arenas, de la cual habian roto una cadena que la atravesaba; y aquí fueran los moros vencidos si no fuera por el valor de los caballeros Abencerrajes y Alabeces, que pelearon valerosamente, mas al fin hubo de quedar por los cristianos el campo. Con todo eso los moros llevaron gran presa de ganados, así vacunos como cabrios, de modo que no se señaló de ninguna parte haber demasiada ventaja.

El rey quedó admirado de ver la repentina prevencion de los cristianos; y preguntando á unos cautivos que allí traian cuál habia sido la causa de haber juntado tanta gente en Jaen, le respondieron que habian sido avisados dias habia, y así estaba toda la tierra en arma; lo que fué bastante disculpa para Reduán, sobre no cumplir la palabra dada al rey, que procuró inquirir y saber quién habia dado el aviso. Reduán muy bien sabia que Jaen no se podia ganar tan fácilmente; mas como era belicoso, tenia determinado de llegar á la ciudad y embestirla; y si no hubiera la poderosa resistencia que les hicieron, sin duda que la acometieran. El rey y su ejército se volvieron á Granada, donde fueron recibidos con grande alegría y gozo, y se hizo en toda la ciudad mucha fiesta por el buen suceso. Los de Jaen quedaron con grande triunfo por haber resistido á tanta morisma, y muerto á muchos dellos. El rey Chico venia fatigado del camino, y para aliviarse ordenó de irse á una casa de placer, llamada los Aljares, y con él fueron los Zegries y Gomeles: ningun caballero Abencerraje ni Gazul fueron con él, porque Muza los habia llevado á un rebato causado de los cristianos que habian entrado en la Vega.

Estando un dia el rey en los Aljares holgándose, y habiendo acabado de comer, comenzó á hablar de la jornada de Jaen y de los Abencerrajes; y cómo por ellos y por los Alabeces habian ganado grandes despojos. Un caballero Zegri, que era el que tenia el cargo de armar traicion á la reina y á los Abencerrajes, dijo al rey: «si buenos son, señor, los caballeros Abencerrajes, mejores son los caballeros de Jaen, pues nos quitaron gran parte de la presa, y nos hicieron retirar por fuerza de armas.» Y era mucha verdad, que el esfuerzo y valor de la gente de Jaen fué muy grande, y aquel dia quedó con nombre perpetuo, y fama para siempre; y en memoria desta escaramuza se hizo el siguiente romance:

«Muy revuelto anda Jaen,  
Rebato tocan aprisa,  
Porque moros de Granada  
Les van corriendo la tierra.  
Cuatrocientos hijos-dalgo  
Se salen á la pelea;  
Otros tantos han salido  
De Ubeda y de Baeza.  
De Cazoria, y de Quesada,  
También salen dos banderas;  
Todos son hidalgos de honra,  
Y enamorados de veras.  
Todos van juramentados  
De manos de sus doncellas,  
De no volver á Jaen,  
Sin dar moro por empresa;  
Y el que linda dama tiene,  
Cuatro le promete en cuenta.

A la Guardia han llegado,  
Adonde el rebato suena,  
Y junto del Río Frio  
Gran batalla se comienza;  
Mas los moros eran muchos,  
Y hacen grande resistencia,  
Porque los Abencerrajes  
Llevaban la delantera;  
Con ellos los Alabeces,  
Gente muy brava y fierra.  
Mas los valientes cristianos  
Furiosamente pelean,  
De modo que ya los moros  
De la batalla se alejan;  
Mas llevaron cabalgada  
Que vale mucha moneda.  
Con gloria quedó Jaen  
De la pasada pelea.

Aqueste romance se compuso en memoria desta escaramuza, aunque otros la contaron de otra suerte: de la una ó de la otra, la historia es la que se ha contado. El otro romance dice así: